

La gravitación de la hermenéutica en el inicio de los estudios politológicos en la Universidad de Buenos Aires.

Julio Pinto (Fac. de Cs. Soc. – Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA)

En marzo de 1949 fui invitado por los amigos del Centro de Estudios Metodológicos a sostener una conferencia sobre la ciencia del derecho que titulé *Scienza del diritto e analisi del linguaggio*. Allí sostenía que el positivismo lógico había elaborado una Teoría de la Ciencia, fundada más sobre el concepto del rigor del método que sobre aquél de la verdad de los contenidos...

Norberto Bobbio
Autobiografía 1997 (p. 135)

1. La institucionalización de los estudios politológicos en la Universidad de Buenos Aires.

Tras su retorno a la democracia en 1983, la Argentina percibió la necesidad de implementar el estudio científico de la política. Lo hizo con la expectativa de que ello sirviera para dar una mayor racionalidad a nuestros debates ideológicos y –sobre todo- por la apremiante necesidad de dejar atrás la enconada lucha entre enemigos irreconciliables que distinguía históricamente a nuestros procesos electorales. Sólo así podría llegarse a transformar la política en un diálogo entre adversarios que, al aceptar las reglas de procedimiento, reconocieran que nos hacía falta hacer nuestra la perspectiva del disenso en el consenso que distingue a las democracias consolidadas. Al hacerlo, lograrían superarse las recurrentes crisis institucionales, y las intervenciones militares correspondientes, que habían perjudicado notablemente al país en el último medio siglo. No sólo en lo político, también en lo social, económico y cultural, como lo demuestran los indicadores estadísticos (y la diáspora de graduados universitarios que nos distingue).

La universidad de Buenos Aires fue entonces quien asumió el desafío de poner en marcha una Carrera de Ciencia Política en 1985. Ya previamente había introducido la materia Introducción a las Ciencias Políticas en el Ciclo Básico Común, siendo su cursada obligatoria para la mayor parte de los ingresantes a la Universidad (Facultades de Derecho y Ciencias Económicas, carreras de Ciencias Sociales). La responsabilidad de diseñar su plan de estudios fue confiada a una pluralista comisión de expertos. El plan se destacó por hacer suyas dos ideas fuerza una, fuertemente desarrollada por la ciencia política estadounidense, en especial por Robert Dahl, que distingue a los regímenes democráticos por la plena vigencia de las normas de procedimiento otra, elocuentemente explicitada por la ciencia política italiana, en particular por Norberto Bobbio, que requiere además la existencia de un discurso ético-político que legitime en la ciudadanía esas normas de procedimiento. Distintas lecturas provenientes de diferentes culturas políticas, una homogénea, la americana; otra dividida en dos subculturas, la blanca y la roja, la italiana. Situación esta última que también nos distingue históricamente, ante la existencia de dos subculturas fuertemente enfrentadas, la populista y la liberal. La comisión entendía que ambas definiciones de la democracia no constituían una dicotomía sino una antinomia convergente, del mismo modo que la apelación a los estudios empíricos, propia de toda ciencia, no podía soslayar la necesidad de un conocimiento teórico -el de la filosofía política- que los sustentara. Esos abordajes a las cuestiones politológicas debían sumarse y no restarse.

Resulta comprensible entonces porqué la Carrera inicia sus cursos con Filosofía y Método de la Investigación y no con Metodología de la Investigación; del mismo modo que con Fundamentos de la Ciencia Política, que trata los problemas epistemológicos y teóricos de la disciplina. Y que, por la misma razón, se cuentan entre sus materias obligatorias dos filosofías, tres teorías políticas y tres historias, las que proveen la arquitectura conceptual que da su sentido a la observación empírica que distingue a la ciencia. Es muy evidente la gravitación que tuvo en este diseño la definición de Bobbio de la ciencia política en sentido amplio y restringido, en el ya entonces célebre *Dizionario di Politica* (Bobbio y Mateucci 1976).

Sin embargo, en la recién creada Carrera se dio un notorio desfasaje entre sus enunciados curriculares y el auge del conductismo que pasó a distinguirla. Ante circunstancias coyunturales, la concreción en los hechos de estos estudios postergó sus expectativas fundacionales. El primer Director de la Carrera fue un prestigioso encuestador, Edgardo Catterberg, responsable de las encuestas preelectorales de la UCR, partido que desde su posición predominante en la Universidad había sido el promotor de la creación de la Carrera de Ciencia Política. Sumadas ambas circunstancias, se comprende como la Carrera se volcó hacia el modelo conductista de la ciencia política estadounidense, a la vez que se identificaba fuertemente con el partido gobernante.

Afortunadamente, fue muy fuerte la influencia de la obra de Bobbio en los inicios de la Carrera, tanto por su formación teórica como por su compromiso político. Su gravitación es indiscutible. Lo demuestra la publicación en EUDEBA de *Introducción a la Ciencia Política* (Pinto, 1994) fuertemente identificada con la idea bobbiana de ciencia política en sentido amplio, razón por la cual al incluir el debate epistemológico daba especial énfasis al abordaje hermenéutico de los análisis politológicos. Como EUDEBA ha publicado millares de ejemplares de la obra, su discurso sirvió como un antídoto a la unilateralidad del abordaje extremadamente empírico que esterilizaba el debate politológico entre nosotros. Tuvo además el mérito de provocar la elaboración de una obra similar desde la perspectiva conductista de la Carrera, *Política, Cuestiones y Problemas* (Aznar; De Luca, 2006) estimulando la discusión teórica entre sus politólogos. Como así también en las decenas de Carreras de Ciencia Política que surgieron en las universidades argentinas tomando como base este plan de estudios y en muchos casos también a su bibliografía, particularmente el *Dizionario* de Bobbio y Mateucci. Siendo también notoria la repercusión que tuvieron sobre las Carreras de Ciencia Política otros trabajos de Bobbio, *El futuro de la democracia* (1985) y *Derecha e izquierda* (1995) y, dato no menor, el hecho simbólico de que este padre fundador de la ciencia política italiana, en el sentido actual de la disciplina, fuera el que diera el Discurso Inaugural de la nueva Carrera en el Salón Blanco de la Facultad de Derecho, en cuyo edificio había comenzado a funcionar la misma.

2. Norberto Bobbio: el hombre y sus circunstancias.

A Bobbio, igual que a Gadamer, les tocó vivir un siglo breve pero angustioso. Entre 1941 y 1945 Europa afrontó una verdadera guerra civil que casi la destruye; asimismo padeció entre 1923 y 1989 experiencias totalitarias que la marcaron a fuego al dividirla en bandos antagónicos que se consideraban los defensores universales, percibiéndose a sí mismos como los expositores científicos de un discurso teológico político (por lo tanto axiomático). Para comprender a Bobbio es entonces necesario recurrir a las consideraciones que realiza

Gadamer en 1963 en su *El problema de la conciencia histórica* (la edición española es de 1993) al analizar “los problemas metodológicos de las ciencias sociales”.

“La aparición de una toma de conciencia histórica es verdaderamente la revolución más importante de las que hemos experimentado tras la llegada de la época moderna. Su contenido espiritual sobrepasa probablemente aquel que reconocemos en las realizaciones de las ciencias naturales, realizaciones que tan visiblemente han transformado la superficie de nuestro planeta...”

Entendemos por conciencia histórica el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente, y de la relatividad de todas las opiniones... la invasión del pensamiento filosófico o político por las ideas que en alemán designamos por las palabras <<cosmovisión>> y <<conflicto de cosmovisiones>> es sin duda a la vez la consecuencia y un síntoma de la conciencia histórica.

En efecto, porque las partes en litigio, desde sus puntos de vista respectivos, llegan a un acuerdo – y esto ha sucedido más de una vez - sobre el hecho de que sus posiciones opuestas forman un todo comprensible y coherente (concesión que presupone manifiestamente que de una y otra parte no se rechaza reflexionar sobre la relatividad de su propia posición. Es necesario que cada una de las partes sea plenamente consciente del carácter *particular* de su perspectiva. Nadie podría sustraerse actualmente a esta reflexividad que caracteriza al espíritu moderno.”

Bobbio nace en Turín y se forma bajo el fascismo: se recibe en jurisprudencia en 1931 y en filosofía en 1933; comenzando a enseñar Filosofía del Derecho en 1939, es decir en aquellos que Renzo de Felice llama los años del consenso. Iniciada la Segunda Guerra Mundial, participa en la Resistencia contra Mussolini y el nazismo en 1943, cuando surge la República de Saló. Tras la caída del dictador integra el partido de Acción surgido precisamente de la Resistencia y encabezado por uno de sus líderes, Ferruccio Parri, quien será por poco tiempo primer ministro de Italia. Pequeño partido de intelectuales, pretende superar la fractura ideológica que divide a Italia en dos bandos totalmente antagónicos, los blancos y los rojos, que continúa el enfrentamiento entre fascistas y antifascistas, provocando una confrontación tan envenenada que parece asegurar una nueva guerra civil de la magnitud de las que ensangrentaron primero a España y luego a Grecia.

Es necesario entonces poder llegar a superar esa dicotomía nihilista. El Partido de la Acción defiende el diálogo, la convergencia entre liberales y socialistas, para construir la nueva república, la Italia civil. Pero al carecer de inserción social es aplastado electoralmente por dos gigantescas burocracias, la hierocracia vaticana que llamará la atención de Comte y Weber y la burocracia stalinista del PCI y la CGT. Estas organizaciones, al pretender defender verdades absolutas, revelada una; científica la otra, rechazan todo tipo de diálogo y descalifican al enemigo (Pio XII excomulga a los votantes comunistas). Candidato frustrado en las elecciones de 1946 y desaparecido el Partido de la Acción, Bobbio se volcará en lo sucesivo exclusivamente a la cátedra universitaria. Lo que no lo hace dejar de escribir sobre la política italiana, al comprender la necesidad de hacer conocer su discurso teórico a la opinión pública. Se transforma entonces en un gran defensor de la política como diálogo, tema al que le dedica en 1955 un libro que lo hará conocer entre los italianos por sus múltiples ediciones, *Política e cultura*. Su prestigio como filósofo, y/o politólogo y publicista, en este último caso hasta 1996, se acrecentará cada vez más en el transcurso de su vida, haciendo que Italia designe en 1984 Senador Vitalicio a este maestro del pensamiento (cuando deja la cátedra universitaria en razón de su edad).

Intelectual que no se aisló en su Torre de marfil, que asumió un compromiso militante primero en la Resistencia, después en los sombríos años de la Guerra Fría, luego en aquellos no menos sombríos años de plomo, en los que el terrorismo negro y rojo puso en peligro las instituciones republicanas, Bobbio se autodefinió al explicitar en 1955 cuál era el sentido que daba a su enseñanza universitaria. Dejemos hablar entonces al propio Bobbio:

Al hombre de cultura no le corresponde otra competencia que la de comprender, de ayudar a comprender. Y si en el ejercicio de su competencia favorece el espíritu de compromiso, antes que el de riña, habrá ganado la causa de la paz (...). Lo importante es que al hombre de cultura, cuando está empeñado en su función que es aquella de comprender, no se deje trastornar por los celadores de toda ortodoxia o por los pervertidos de toda propaganda, los cuales estarán siempre dispuestos a lanzarle a la cara la acusación que él –por el hecho de que no escoge la alternativa de la derecha – traiciona la civilización, o – por el hecho de que no escoge la alternativa de izquierda – se opone al progreso. No existe para el intelectual más que una forma de traición o deserción: la aceptación de los argumentos de los <<políticos>> sin discutirlos, la complicidad con la propaganda, el uso deshonesto de un lenguaje voluntariamente ambiguo, la abdicación de la propia inteligencia a la opinión sectaria, en una palabra la refutación del <<comprender>>, y de tal manera de aportar a los hombres la preciosa ayuda de la cual sólo la cultura es capaz, la ayuda a infringir los mitos, a despedazar el círculo cerrado de impotencia y temor, en el que se revela la contagiosa interioridad de la ignorancia (p.20)

En esta misma obra de 1955 es todavía más explícito Bobbio al definir en qué consiste para él la objetividad académica:

He ya tenido la ocasión de decir por que razón la imparcialidad que es una actitud teórica, no debe ser confundida con la neutralidad, que es una actitud práctica. Se puede ser imparciales sin ser neutrales. Bajo aquella máscara de impaciencia existe también un propósito polémico. Pienso que el intelectual debe dar el ejemplo de medida y moderación, en una palabra de disciplina mental. El lanzarse de cabeza en la crónica de los acontecimientos cotidianos, el formular juicios, sobre todo y sobre todos, con aquella información poco segura que viene de la primera página de los diarios, el hacer pronósticos de breve o largo plazo sobre noticias incontroladas, el dar consejos o aleccionamientos no requeridos y con gran estrépito sobre los hechos no esenciales, mirando lo particular y perdiendo de vista el conjunto, el razonar sofisticado de quien tiene débiles argumentos y el razonar contradictorio de quien tiene apuro para llegar de cualquier modo a una conclusión, son actitudes que le sientan bien.

Desdichadamente la cultura militante no se define como debería. Y así se pasa del extremo de una cultura académica, que tiene, quizás, en cuanto exactitud, escrupulosidad, las cartas en regla, más es frígida e indiferente, al otro extremo de una cultura militante, bien arraigada en los problemas de su tiempo pero tendenciosa. Mi modelo resultaría ser – comprendo que es difícil pero creo también que esta tensión entre cultura académica y cultura militante es más fuerte en Italia que en otros lados y que debemos realizar algún esfuerzo para disminuirla – el hombre de cultura vigoroso y apasionado al mismo tiempo, que tiene buenos estudios y una fuerte pasión civil, con una capacidad de control crítico que no se obnubila en contacto con los problemas cotidianos. El que sabe que existen problemas económicos, políticos y sociales cuya solución de un modo antes que otro condiciona su propia vida de hombre de cultura, pero cuando los afronta y discute aporta a la discusión aquel hábito de la investigación controlada, aquella vocación por el saber desinteresado, aquel respeto por el adversario que él ha aprendido o debido aprender, en el estudio de los problemas <<eternos>>. (p.196)

El horizonte de sentido de Bobbio es el mismo que el de Gadamer, el enfrentamiento ideológico que predomina en la Europa de la posguerra. Como Gadamer, Bobbio centra

entonces el hilo conductor de su vasta obra en la necesidad del diálogo, de la apropiación de argumentos del otro para enriquecer los propios. Por eso ya en *Politica e Cultura* expresa:

Aquello que importa en este reaflojar de mitos consoladores y edificantes, es el de empeñarse en iluminar con la razón las posiciones en contraste, en poner en discusión las pretensiones de la una y de la otra, en resistir a la tentación de la síntesis definitiva, o de la opción irreversible, de restituir, en suma, a los hombres – armados los unos contra los otros por ideologías en contraste – la confianza en el diálogo, de restablecer conjuntamente con el derecho a la crítica el respeto por las opiniones de los otros. Modelo intelectual del hombre de cultura será sobre todo el científico que se inclina sobre el mundo y lo observa. Quien conforma su propia actividad de hombre de cultura al espíritu científico, no se abandona fácilmente al juego de las alternativas radicales: al contrario examina, indaga, pondera, reflexiona, controla, verifica (...) aquella solución a la que se llega a continuación de una indagación crítica no tiene para nada las características de una decisión opcional. La opción no tolera revisiones. La solución crítica, en cambio, es por su naturaleza continuamente sujeta a nuevos controles, y está destinada a ser revisada. Es entonces una solución que no excluye el diálogo, al contrario lo exige, no interrumpe la discusión, más bien la provoca y se alimenta de ella. (pp 18-19)

Estas líneas pueden servir de clave interpretativa para analizar la perspectiva del autor respecto de la hermenéutica. Si bien Bobbio no se define como hermeneuta, su cercanía al positivismo lógico y al ineludible control de objetividad de las ciencias sociales, no lo encierran en el monismo metodológico conductista: el intelectual turinés reiteradamente da cuenta de la necesaria utilización de herramientas interpretativas en una búsqueda interminable dado que el conocimiento nunca se agota, siempre plausible de una nueva construcción de significado, a partir de la crítica y reelaboración conceptual e intelectual.

Es que, por su formación filosófica, Bobbio percibe que la respuesta al enfrentamiento entre liberales y comunistas no es el aniquilamiento del otro, como parecería suponer la *detente* nuclear, sino la comprensión de los horizontes culturales que han dado lugar a estas ideologías antagónicas y – simultáneamente – la apelación al diálogo entre ambas para superar el equilibrio del terror. La democracia, los derechos humanos y la paz están estrechamente imbricados entre si y no se puede disociarlos sin desnaturalizar el concepto de democracia. De allí que Bobbio recurra a uno de sus célebres oxímoros al hablar de socialismo liberal, de un socialismo que comprenda el valor de las libertades demoliberales y de un liberalismo que se apropie a su vez de las ideas de justicia social que defiende el socialismo.

Bobbio transmite su apelación al dialogo a través de la cátedra y de las publicaciones que surgen de sus lecciones. Inicialmente enseña Filosofía del Derecho en las universidades de Siena (1939) y Padua (1940) radicándose luego en su Turín natal, un cuya universidad prosigue con su enseñanza en 1948. Es en la Facultad de Jurisprudencia en la que sus lecciones de Filosofía del Derecho hasta 1972, año en que se traslada a la recién constituida Facultad de Ciencias Políticas. En ésta enseñará Filosofía Política en años tumultuosos para las universidades. Y entre 1973 y 1976 será además el Decano de esta facultad. Pese a las turbulencias existentes logrará orientar esa enseñanza con los enunciados que había hecho en 1969 en sus *Saggi sulla scienza politica in Italia*, que recogían las lecciones previas sobre Mosca y Pareto que había dado en sus cursos de ciencia política sobre estos autores:

Cuando el <<realismo>> asume el significado de crítica de aquello que aparece en la superficie y esconde o vela o enmascara las fuerzas reales que mueven la sociedad, hacer ciencia política quiere decir principalmente asumir la tarea de revelar los arcanos del poder (...)el pensamiento científico

es asumido como la antítesis del pensamiento ideológico. En esta perspectiva la ciencia política se presenta en su versión revolucionaria: dado que la ideología es falsa ciencia de aquellos que detentan el poder y se sirven del mismo para engañar al pueblo, la tarea de la ciencia política es aquella de desmitificar la ideología dominante que impide la transformación de la sociedad; el salto cualitativo, el pasaje del reino de la necesidad al reino de la libertad. Puede ser interesante observar que mientras la ciencia política en su versión más conservadora se transforma ella misma en ideología (cuántas veces en estos años, sobre todo a propósito de las ciencias sociales americanas, se ha subrayado la relación existente entre desarrollo elefantíaco y acrítico de las ciencias sociales y la consolidación del *stablishment*) la misma ciencia política en su versión revolucionaria constituye la utopía de la nueva sociedad (el marxismo como ciencia conjuntamente como utopía es uno de los temas recurrentes del análisis y de la crítica del pensamiento marxista)

En fin, un realismo que logra simultáneamente evitar la tentación de la evasión utópica o de la solución global, escapando a la cobertura ideológica o a la falsa solución (...) representa una tercera versión política de la ciencia <<objetiva>> de la sociedad, la versión que querría llamar (atendiendo al significado emotivo de la palabra) reformista o iluminista (...) quien orienta el pensamiento científico a proyectos de reforma de la sociedad está dispuesto a aceptar de los conservadores la crítica del utopismo, más busca al mismo tiempo no caer en la dogmatización ideológica de los propios resultados; acepta de los revolucionarios la crítica de la conciencia ilusoria que se manifiesta a través de las ideologías dominantes más no cede a la tentación de la proyección utópica. Sabe que la suya es una posición difícil y controvertida, debe moverse continuamente entre dos insidias, entre la lección de los cínicos y el catecismo de los iluminados (p.9)

Bobbio orienta el discurso politológico italiano de la posguerra, buscando preservar su cientificidad al poner distancia con el dogmatismo ideológico. Pero debe asimismo afrontar otro fuerte prejuicio, la vigencia que a tenido el idealismo en su país en el siglo XX; sus dos grandes filósofos, el liberal Croce y el fascista Gentile, han sido extremadamente hostiles a las ciencias sociales, cuyo empirismo positivista rechazaban categóricamente (es muy conocida la recensión descalificadora que hace Croce en 1917 del Tratado de Sociología de Pareto). El peso que tienen estas grandes figuras de la cultura italiana ha postergado entonces el desarrollo de este tipo de estudios. Es comprensible, por ello, que cuando las ciencias sociales comiencen a institucionalizarse universitariamente, se nutran de la cultura empírica estadounidense, del positivismo lógico, rechazando la hegemonía previa de la filosofía idealista.

Sin embargo, el pensador turinés no resignó nunca a estas circunstancias adversas. Graduado en 1934 en filosofía con una tesis sobre la fenomenología de Husserl, con la que siente gran afinidad, como lo demuestra la orientación que dará posteriormente a sus lecciones universitarias, al pasar de la filosofía del derecho a la filosofía política y de ésta a la ciencia política, sabrá conciliar su discurso teórico con el análisis empírico. Y será su lucha en la Resistencia contra el nazismo la que lo hará reorientar sus intereses hacia la cultura británica (que en la posguerra estaba llevando a la práctica con el laborismo una suerte de socialismo liberal). Por eso cuando finaliza la guerra, realiza un viaje de estudios a Gran Bretaña y al retornar pasa a integrar el Centro de Estudios Metodológicos que adhiere al positivismo lógico – con las notorias reservas críticas que publica casi medio siglo después – las que son transcritas en el inicio de este trabajo. Y, asimismo, adhiere a la filosofía analítica.

Pero es demasiado lúcido como para rechazar una tesis extrema y abroquelarse en otra igualmente dogmática, como lo evidencia su reivindicación de la necesidad tanto de la filosofía política, para nutrir teóricamente la ciencia política, como así también de la

contextualización histórica de la teoría para una mejor comprensión del discurso politológico.

Un hito fundacional para la ciencia política italiana representa la aparición en 1971 de la *Rivista Italiana di Scienza Politica*, hoy una de las más prestigiosas del mundo. En su primer año y en su segundo número, Bobbio publica sus *Consideraciones sobre la filosofía política*, distinguiendo al menos cuatro significados distintos de la filosofía política. El primero – y más tradicional y corriente – es para él entenderla como teorización de la república óptima, como una construcción ideal del Estado, como una utopía.

Una segunda manera de entenderla es considerarla como la búsqueda del fundamento último del poder. Responder a la pregunta a quién debo obedecer y por qué. Y cita para ilustrar esta perspectiva nombres de aquellos autores de la modernidad que más repercusión alcanzaron: Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, De Maistre y Hegel.

En un tercer caso, por filosofía política se puede entender también la determinación del concepto general de <<política>> como actividad autónoma, que se distingue tanto de la ética como del derecho o la economía. Para Bobbio ésta habría sido la definición más aceptada en Italia, cuya cultura le debe tanto a Maquiavelo. Finalmente, el difundirse del interés por los problemas epistemológicos, ha hecho surgir un cuarto modo de hablar de la filosofía política, percibiéndola como discurso crítico sobre las condiciones de verdad, objetividad o avaloratividad de la ciencia política. En esta acepción se puede hablar de filosofía como metaciencia, entrando en ella la orientación de la filosofía analítica hacia la transformación de la filosofía política en el análisis del lenguaje.

Para él, en las dos primeras acepciones, la filosofía política es ajena a la ciencia política, según su feliz expresión constituyen “dos rutas que no están destinadas a encontrarse”. En las dos últimas acepciones la proximidad entre ambas es tan grande que para Bobbio “es difícil establecer una neta línea de separación entre una y otra y decir donde finaliza la competencia del científico y donde comienza aquella del filósofo. Las dos investigaciones constituyen un *continuum*”.

En 1976 aporta al debate politológico el monumental *Dizionario di Politica* que ha compilado con Nicolás Matteucci, asumiendo la responsabilidad de definir qué es la *ciencia política*. Habla entonces de la disciplina en sentido amplio y en sentido restringido, en el primero:

La expresión <<ciencia política>> puede ser usado en un sentido amplio no técnico para indicar cualquier estudio de los fenómenos y estructuras políticas, conducido con sistematicidad y con rigor, apoyado sobre un amplio y esmerado examen de los hechos, expuesto con argumentos racionales. En esta acepción el término <<ciencia>> es empleado en el sentido tradicional como opuesto al de <<opinión>>, de donde <<ocuparse científicamente de la política>> significa no abandonarse a las creencias del vulgo, no emitir juicios en base a datos no comprobados, remitirse a la prueba de los hechos. (p.894)

En 1985 surge en Italia la revista *Teoria Política*. Ya en el tercer número del primer año, Danilo Zolo retoma el debate de 1971, polemizando con Bobbio en su artículo *I possibili rapporti tra filosofia politica e scienza politica*. Bobbio le responderá años después (1990) con sus *Ragioni della filosofia politica*. Al hacerlo destaca que, para él, Zolo entiende que sus cuatro acepciones de la filosofía política pueden ser sustituidas por una tesis, según la cual la diferencia entre filosofía política y ciencia política era conducible <<probablemente a una diferencia de grados, a una tendencial polarización de estilos de pensamiento, que se traducían en una diferente *selección y planteo de los problemas*. Tal la lectura que hacia

Bobbio de la tesis de Zolo, teórico que según él se orientaba hacia una metafilosofía prescriptiva, a la vez que consideraba que la filosofía política se estaba desplazando hacia la teoría política, más adecuada que el viejo término de filosofía política para concretar interpretaciones y refutaciones metodológicas.

La sabiduría de Bobbio lo hace señalar que no se ha discutido en cambio la relación existente entre la filosofía política y la historia:

Si un debate sobre la naturaleza de la filosofía política había existido, éste se había orientado sobre todo a la diferenciación entre filosofía política y ciencia política (...) Ninguno se había planteado el problema de la distinción entre filosofía política e historia del pensamiento político... (p.32)

Por eso a continuación reivindica la fuerte gravitación que tiene la historia para establecer “entre las diversas teorías políticas, surgidas en tiempos distintos, afinidades y diferencias” “Las no siempre buenas relaciones, por no decir la desconfianza recíproca, entre los historiadores de las doctrinas políticas y los filósofos de la política es el efecto de incomprensibles incomprensiones, sino directamente de malentendidos.

La teoría política sin historia es vacía, la historia sin teoría es ciega. Quedan afuera del camino tanto teóricos sin historia, cuanto historiadores sin teoría, mientras que los teóricos que escuchan las lecciones de la historia y los historiadores que son bien conscientes de los problemas teóricos que su investigación presupone, extraen ventajas del ayudarse recíprocamente”(p.34)

Son estas consideraciones las que lo llevan a afirmar que la ciencia, la teoría y la filosofía no pueden ser ahistóricas:

Persisto en oponer una obstinada resistencia a toda forma de *Methodenstreit*, impulsado hacia la exclusión recíproca. La pluralidad de puntos de vista es una riqueza de la cual los autores del propio método con exclusión de todo lo otro no saben extraer ventajas. Método analítico y método histórico no son en absoluto incompatibles, más bien se integran recíprocamente (p.17)

3. El eclecticismo de Bobbio

Como tan bien lo define Alfonso Ruiz Miguel en su *Política, Historia y Derecho en Norberto Bobbio* (1994) distinguen a nuestro autor “las paradojas de un pensamiento en tensión”:

Mi pretensión es mostrar a través de esas paradojas las opciones más decisivas de un pensamiento esencialmente dualista – sellado por la gran división entre cosa y pensamiento, hecho y valor, ser y deber ser... - bajo el que alienta una personalidad en tensión teórica y práctica, donde o bien la solución trata de mantenerse, más o menos inestablemente, a la mitad de camino entre los dos extremos, o bien la resolución teórica a favor de uno de los elementos del binomio, que se acepta como descripción de la realidad, tiende a invertirse pragmáticamente en su opuesto, que propone como modelo normativo o ideal para la práctica.(p. 171)

Un pensador que luchaba por dar a Italia una cultura democrática, enfrentando a las opciones radicalizadas que la distinguían; un maestro que estaba trazando las líneas directrices de una nueva disciplina en la universidad, la ciencia política; respondía a los desafíos que le planteaba su horizonte de sentido – ideológica y epistemológicamente – con una actitud moderada, tolerante, reformista. Actitud que lo transformaría también en un

teórico muy reconocido en aquellos países que, como España o los de Iberoamérica, estaban transitando por esas mismas circunstancias. Su apelación al diálogo, su apropiación de los argumentos del otro para enriquecer los propios, su reconocimiento de la necesidad de analizar los conceptos en su contexto histórico, orientaron a quienes asumían esos grandes desafíos como propios y le dieron por ello una inusual repercusión a una obra que, por las razones expuestas, tenía que ser forzosamente ecléctica.

Las diez paradojas que para Perez Barba caracterizan la obra de Bobbio son las de un filósofo positivo; un iluminista pesimista; un analítico historicista; un historiador conceptualista; un positivista inquieto; un empirista formalista; un relativista creyente; un socialista liberal y un tolerante intransigente. Por razones de espacio y ante la brevedad a la que nos obliga la presentación de este trabajo, analizaremos sólo la tercera de ellas, por estar estrechamente vinculada al mismo: un analítico historicista. Si bien Bobbio adhirió inicialmente a la filosofía analítica, por su rechazo a un historicismo burdo como el de la ortodoxia marxista, que etiquetaba de pensamiento burgués a todo aquello que le fuera ajeno, nunca se encasilló en esta perspectiva de análisis. Su eclecticismo lo llevó a declarar años después, en el prologo a la edición española de la obra *La contribución teórica política de Norberto Bobbio al debate contemporáneo de la izquierda italiana* (1979) que no se ha “considerado nunca un neopositivista ni tampoco un filósofo analítico en el sentido estricto de la palabra” (p.11). Y es ciertamente evidente que Bobbio ha moderado su inclinación juvenil a la filosofía analítica – por el debate ideológico italiano – ante su creciente afinidad con el historicismo, la que hace muy evidente en su *L'età dei diritti* (1990). Es que un pensador en tensión – teórica y práctica – trata de buscar solucionar las dicotomías a través del dialogo, la moderación frente a los argumentos del otro, actitud que lo hace proclive a conciliar argumentaciones contrapuestas. Surge entonces el interrogante ¿sin su relativismo historicista habría sido comprensible el eclecticismo bobbiano?

Iluminista pesimista, empirista formalista, socialista liberal, Bobbio es en los hechos un realista insatisfecho que, aunque siempre tiene presentes los límites de la razón – sus trabajos sobre Pareto evidencian su convicción de que el hombre es un ‘animal simbólico’ – se caracteriza por ser un optimista que cree y confía en que ella puede transformar la realidad existente – como lo sostiene en *Las transformaciones de la democracia* - . Al respecto en *Una filosofía militante. Studi su Carlo Cattaneo* (1971) Bobbio advierte: “Al pesimismo histórico conservador, el revolucionario opone el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, y el reformista, en cambio, el pesimismo de la voluntad y el optimismo de la inteligencia.” (p.29)

Eclecticismo bobbiano, muy próximo al abordaje hermenéutico de las cuestiones teóricas que dan su sentido a las investigaciones empíricas politológicas fue, por su fuerte gravitación intelectual, no sólo en nuestro horizonte cultural sino también en el de todo nuestro continente, el que permitió institucionalizar universitariamente una ciencia política empírico – formalista, que escapase a los excesos del pasado sin caer en aquellos del presente.